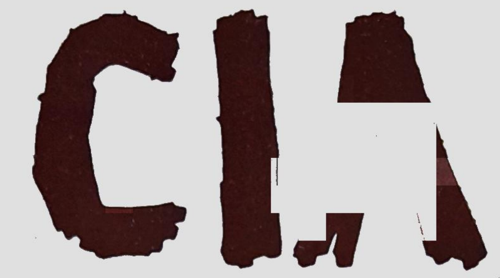
# PRESEN




## EUROPA

"Los gobiernos de Francia, Alemania, Bélgica, Italia, Luxemburgo y Holanda, están resueltos a seguir una común acción de paz, de solidaridad europea y de progreso económico y social, teniendo por objetivo inmediato fusionar la producción de carbón y acero, y el establecimiento de una alta autoridad, cuyas decisiones enlazarán a Francia, Alemania occidental, Bélgica, Italia, Luxemburgo, Holanda y los países que se adhieran".

Con este acto trascendental en la historia del mundo, comienza a tomar cuerpo, de manera efectiva, la unidad de Europa. Dos figuras de la cuenca del Rin —Adenauer y Schuman—, representativas del corazón mismo de Europa, han echado las bases para la unión económica y política de Francia y Alemania. Europa toma conciencia de su destino histórico. Presionada desde el Este, por el comunismo soviético, presionada desde el Oeste, por el inalterable egoismo mercantil de la Inglaterra moderna, se ha concentrado en su propia debilidad y ha acabado por comprender que dentro de sí misma, y no fuera, está su fuerza y la fuerza del mundo.

Es justo reconocer la parte excepcional que le cabe a Estados Unidos en el acto que se acaba de cumplir. Ello vendría a demostrar que esta poderosa nación es capaz de superar ideologías y de comprender que, por encima de conveniencias mercantiles, está la causa de la verdadera civilización.

Es justo también reconocer la parte especialísima que le cabe al Papado en esta empresa que se inicia. "Hubo un tiempo —ha dicho Pío XII, el 11.XI.48, en que Europa formaba en su unidad un todo compacto y, en medio de todas las debilidades; a despecho de todas las deficiencias humanas, esta unidad constituía su fuerza; y, por medio de esta unión, cumplía grandes cosas. Ahora bien, el alma de esta unidad era la religión, que impregnaba profundamente toda la sociedad de fe cristiana.

Aunque negros nubarrones presagian días aciagos, esta unión es signo auspicioso que alienta la esperanza de que Europa y el mundo han de conocer todavía un período de pacífico ordenamiento critiano.

Presencia




## PROPIEDAD

El último artículo, *Colectivismo*, ha suscitado críticas de parte de algunos amigos que se preguntan y nos preguntan: ¿Cómo? ¿La generación de Presencia se ocupa ahora de hacer campaña en contra de *lo social* y a favor de los derechos individuales, cuando durante veinte años ha practicado una activa militancia en contra del individualismo y a favor de lo social?

Sí; es muy cierto. Durante los años de clima liberal, hemos reclamado con insistencia y fuerza una mayor atención a lo social. Pero desgraciadamente hubimos de lamentar la impermeabilidad de las clases conservadoras para comprender la necesidad de adoptar prudentes y paulatinas reformas sociales, en consonancia con el clamor de los Pontífices. Y se produjo lo que era de presumir. Una ventolina colectivista que amenaza convertirse en vendaval y que agota las energías vitales de la nación.

Hoy ya nuestra obligación —que es un deber de verdad y de justicia— nos urge para que con la misma energía con que hemos combatido el individualismo, combatamos este socialismo que nos invade por todas partes, ganando sectores importantes de opinión católica. No estamos contra lo social. Estamos contra un concepto socialista de lo social. Lo social auténtico supone los derechos individuales bien afirmados y se apoya sobre ellos. Lo social auténtico es el ordenamiento de las actividades privadas. Pero no puede haber ordenamiento de las actividades privadas si, previamente, no se reconoce y sostiene el carácter privado de estas actividades. Y este es el error colectivista, contra el cual combatimos y seguiremos combatiendo.

Muchos se llenan de sorpresa cuando se les refiere el caso del *abbé* Boulier en Francia, el cual, vistiendo el hábito talar, tiene la osadía de presidir, al lado de Maurice Thorez, *Les Assises de La Paix*, organizadas por los comunistas de París. (Ver *L'Action*, semaine du 13 au 19 mars 1950). Pero si no tan escandaloso mucho más peligroso resulta el caso de doctrinas socialistas que se difunden en medios católicos. Próximamente nos ocuparemos del importante libro, *Signification du Marxisme, suivi*

AÑO II - Nº. XXX

*d'une initiation bibliographique à l'oeuvre de Marx et de Engels*, del dominico H. C. Desroches. Hoy vamos a examinar un artículo titulado *El problema agrario en la Argentina*, y publicado en la Revista de Economía Argentina (diciembre 1949); el cual, contra la intención de su autor sin duda, puede prestarse a un peligroso reparto y parcelación de tierras. Como allí se invoca la autoridad de los Papas y de Santo Tomás, nos parece urgente examinar este problema, precisamente en un momento en que presiones fuertes e interesadas se esfuerzan por llevar a la práctica la reforma agraria.

*Una tesis peregrina*

Para darnos una idea fiel y cabal de la tesis sustentada, reproduzcamos algunos párrafos característicos del artículo. Dice entre otras cosas:

"El Estado debe facilitar a todos los desposeídos el acceso a la tierra, cuando exista capacidad y deseo para ello. Si el Estado no dispone de tierras fiscales, para cumplir con esta función deberá expropiar tierra de los particulares que la tengan en superficies mayores que la que puedan trabajar personalmente con sus familias...

"Esto significa definir como latifundio todo lo que exceda a la unidad familiar. Entiendo que honestamente no puede darse otra interpretación a las enseñanzas de la Iglesia, concretadas por Santo Tomás de Aquino y los Papas.

"El derecho de propiedad privada de la tierra es aceptado por Santo Tomás solamente cuando el propietario se considera un simple administrador, que detenta la tierra en su poder para beneficio de aquellos que por distintas causas no se encuentran capacitados para poseerlo con derecho propio...

"El Estado argentino está particularmente autorizado para llevar a cabo esta intervención, en todo el alcance que acabo de indicar por el artículo 38 de la Constitución Nacional que dice en la parte pertinente: «Incumbe al Estado... procurar a cada labriego o familia labriega la posibilidad de convertirse en propietario de la tierra que cultiva»... No se trata solamente de dar la propiedad de la tierra o facilitar el acceso a ella a los 170.000 arrendatarios y aparceros que existen en el país. También debe encararse el problema de conceder la propiedad de la tierra a todos los demás jefes de familia que trabajan en el campo, sin haber podido tener la suerte, todavía, de ser arrendatarios o aparceros. No me refiero solamente a los puesteros de estancia, sino a los peones y a los demás asalariados rurales".

De lo aquí expuesto, se sigue: 1º que el propietario no es verdadero propietario sino simple administrador, al menos con respecto a la tierra que no puede trabajar personalmente con su familia. 2º Parece también seguirse que la tierra que excede a la que pueda cultivar un propietario, pertenecería a la comunidad en beneficio de aquellos que por distintas causas no se encuentran capacitados para poseerla con derecho propio. 3º Que, en consecuencia, cuando haya desposeídos con capacidad y deseo para ello, el Estado deberá expropiar, a favor de ellos, los excedentes de las propiedades que no puedan ser trabajadas personalmente por los actuales propietarios.

*La propiedad de derecho natural*

La premisa fundamental en la cuestión presente es que para la doctrina católica la propiedad es un derecho natural. Esto quiere decir más en concreto que los actuales propietarios que han recibido sus posesiones con justo título, sea por el fruto e industria del trabajo propio, sea por herencia o donación, las poseen y detentan no en virtud de una prescripción que emana de la ley *positiva*, sino en virtud de una prescripción que, por ser *natural*, es anterior e independiente del poder estatal. Esta doctrina la formula claramente León XIII, cuando en *Quod Apostolici muneris*, enseña:

"Porque mientras los socialistas, presentan el derecho de propiedad como invención humana contraria a la igualdad natural entre los hombres; mientras, proclamando la comunidad de bienes, declaran que no puede conllevarse con paciencia la pobreza, y que impunemente se puede violar la posesión y derecho de los ricos, la Iglesia reconoce mucho más sabia y útilmente que la desigualdad existe entre los hombres, naturalmente desemejantes por las fuerzas del cuerpo y del espíritu, *y que esta desigualdad existe hasta en la posesión de los bienes*.

Ordena, además, que *el derecho de propiedad y de dominio, procedente de la naturaleza misma, se mantenga intacto e inviolable entre las manos de quien lo posee*, porque sabe que el robo y la rapiña han sido condenados en la ley natural por Dios, autor y guardián de todo derecho; hasta tal punto que no es lícito ni aun desear los bienes ajenos, y que los ladrones, lo mismo que los adúlteros y los adoradores de los ídolos, están excluídos del reino de los cielos".

Y ni aquí ni en ningún otro documento de la Iglesia o de teólogo autorizado se pone límite al derecho de propiedad. Que "*el derecho de propiedad y de dominio, se mantenga intacto e inviolable entre las manos de quien lo posee*". Jamás y en ningún punto limita Santo Tomás el derecho de propiedad, de verdadera y estricta propiedad, a lo que pueda cultivar un hombre personalmente con su familia. Una vez fundado y demostrado el derecho de propiedad como institución natural, no queda otro límite al ejercicio de este derecho que los títulos legítimos que lo concreten.

Tampoco queda otro recurso para que un hombre se convierta en propietario que el que obtenga un título de propiedad, que, o bien será la ocupación como hecho primigenio, o bien la herencia, donación o compra, como hechos derivados. Fundado Santo Tomás, al igual que Aristóteles, en el hecho de que "una regulación más o menos equilibrada de las posesiones ayuda mucho a la conservación de la ciudad o de la nación", autoriza al poder público a tomar diversas medidas que impidan la concentración de tierras en una mano (II. II, 105, 2, ad 2), pero la limitación que de aquí pueda seguirse, será determinada indirectamente por las diversas condiciones que habría fijado la ley positiva para adquirir o retener la propiedad.

La frase que se asienta en el artículo que comentamos, de que "el Estado debe facilitar a todos los desposeídos el acceso a la tierra cuando exista deseo y capacidad para ello", leída así tal cual y sobre todo leída en el contexto, pareciera sugerir la idea de que el Estado fuera el propietario universal que pudiera quitar tierras a los que las tienen en demasía y darlas a los que de ella carecen. Pero si esto así fuera, ¿cómo continuaría siendo la propiedad privada un derecho natural? Sin duda que el autor quiere decir que el Estado, dentro de su órbita de jurisdicción y respetando el derecho *natural* de los propietarios, debe desarrollar una política que favorezca la más amplia distribución de las tierras. Esta debe ser la justa formulación ya que en la pág. 286, al exponer la doctrina de Santo Tomás, escribe: "El derecho a poseer la tierra se deriva de la ley natural y no solamente de la ley humana, por lo que el Estado no puede suprimirlo, ni por absorción, ni por la imposición, pero puede y debe vigilarlo, con el fin de preservar el bien común".



Esta formulación correcta de la doctrina excluye que se convierta al Estado en un dispensador de tierras y de propiedades. Porque hay una distancia enorme entre hacer del Estado un regulador y ordenador del ejercicio del derecho *natural* de la propiedad y darle poderes para quitar y dar tierras y propiedades. El poder del Estado es *jurisdiccional* y no de dominio. Y un Estado que se arroga facultades de dominio como es el caso de Rusia y Méjico es ladrón y rapaz, violador de los derechos establecidos por Dios en la ley natural.

En el artículo que comentamos, se insinúa que el Estado debe efectuar esta parcelación y reparto de tierras, previa indemnización de sus actuales detentores. Pero preguntamos: Si los actuales detentores son tan sólo administradores ante la comunidad en beneficio de aquellos que hoy reclaman esas tierras, ¿por qué esta indemnización? Pues si se los indemniza, se reconoce su carácter de verdaderos propietarios. Pero si son propietarios, en virtud de una prescripción de derecho natural, no puede el Estado despojarles de sus bienes aún con indemnización, sino por causas verdaderamente graves de utilidad pública. No basta como parece decir el artículo que haya desposeídos con deseo y capacidad de poseer en tierras. ¿Desde cuándo es la capacidad y el deseo título suficiente para convertirse en propietario?

Además en el caso de expropiación hay que cuidar que la suma que se dé en indemnización no sea un valor ficticio muy inferior al valor real del bien expropiado. Esto sucede siempre que se realizan programas de distribución y reparto de tierras en vasta escala; porque el pago se efectúa mediante la emisión de títulos o bonos, que producen una vasta y temible inflación. De manera que se recibe una moneda despreciada en cambio de un bien real.

En asuntos tan delicados que tocan a la justicia conmutativa, una formulación no del todo precisa puede contribuir a que la doctrina católica sea aprovechada para provocar injusticias incalculables. En *Méjico Falsificado* (Editorial Polis, 1949, tomo 2, pág. 64 y sig.) Carlos Pereyra refiere que después del reparto de los seis millones de hectáreas hubo necesidad de importar maíz del Africa, y luego escribe: "El país está devastado; la incertidumbre que reina en los campos ha hecho imposible el renacimiento de la agricultura y las siembras se hacen en una escala menor que en las épocas normales. De 1930 a 1942 las cosas han empeorado y la proporción de desnutridos y enfermos es pavorosa, Méjico es un país que se muere de hambre".

Pero Méjico que ha llegado a resultados tan lamentables comenzó en 1910 con Madero y con Carranza la revolución agraria en la que inevitablemente se ha de convertir una reforma agraria que no se funde en el respeto inviolable al derecho natural de la propiedad privada de la tierra.

*La doctrina de lo superfluo*

Es claro que para adjudicar a Santo Tomás y a los Papas tesis al parecer tan comprometedora, ha de haber algún fundamento, real o aparente, en la doctrina católica, sobre el cual apoyarse. Y este fundamento lo proporciona, creemos, la doctrina de que "lo superfluo que algunas personas poseen es debido por derecho natural al sostenimiento de los pobres". (II. II. 66, 7).

Santo Tomás no hace aquí sino expresar una doctrina común de la Iglesia; es a saber, de que los bienes de este mundo han sido creados para utilidad de todos y de cada uno de los hombres y de que, en consecuencia, el ejercicio de la posesión privada de los bienes debe practicarse en forma tal que no perjudique sino, al contrario, que

cumpla con esta condición primordial de las riquezas, y de que los que mucho poseen tienen obligación de hacer llegar con trabajo, y aún con socorro y limosna, estos bienes a los que no poseen; y de que, en caso de extrema necesidad, puede uno sin violación de ningún derecho, apoderarse de lo ajeno para remediar la urgente y grave necesidad.

Pero de que esos bienes hayan de administrarse en forma que resulte útil a la indigencia de los necesitados, y ello en virtud de un ordenamiento natural, no implica que sus poseedores no sean verdaderos propietarios o que dejen de serlo, aún en el caso de que cumplieran mal con sus obligaciones de propietarios. Por esto, el mismo Santo Tomás, en este mismo artículo, escribe:

"Mas, puesto que hay muchos que sufren necesidad, y no se puede socorrer a todos con la misma cosa, se deja al arbitrio de cada uno la distribución de las cosas propias para que de ellas socorra a los que padecen necesidad". *Committitur arbitrio uniuscujusque dispensatio propriarum rerum, ut ex eis subveniat necesitatem patientibus.* El detentor de los bienes superfluos es dueño y árbitro para distribuirlos a estos o aquellos, de esta o de aquella manera, vale decir es verdadero y único dueño.

Cayetano, comentando estos pasajes de la *Summa* se indigna de que alguno pueda pensar lo contrario y escribe: "ut quidam somniare videntur", como algunos parecen soñar; "cave ergo a tali doctrina: quia falsa est", cuidado con esta doctrina, porque es falsa.

Los moralistas modernos, cuando explican esta doctrina común de la Iglesia, advierten lo siguiente: "Con todo, esto hay que entenderlo de acuerdo a la aprobada doctrina de San Alfonso y a la práctica comúnmente admitida, de acuerdo a la cual, cuando uno hace abundantes limosnas, estima haber cumplido completamente con esta obligación aunque gaste de más o guardare algo de lo superfluo. Además, sobre todo en nuestros días, muchos bienes que los ricos guardan, son empleados de manera equivalente en utilidad de muchos, cuando p. ej. se invierten en obras privadas o públicas que dan ocasión a muchos para ganarse la vida. Por lo cual estos ricos no privan a los demás de todo uso de lo bienes ni los guardan ociosos, habiendo necesidad e indigencia: y esto era lo que sobre todo censuraban los antiguos Padres". (Genicot Salsman, *Theologia Moralis*, ed. 11, t. 1, página 173).

La obligación de dar lo superfluo a los pobres o a la utilidad común es una obligación gravísima pero no obligación de justicia sino de caridad que se ha de ejercer a través de la apropiación privada de bienes, la cual debe permanecer intangible e inviolable. De aquí se sigue que el derecho no absorbe todas las obligaciones de un hombre en lo que se refiere al uso de los bienes materiales sino que además de las obligaciones rigurosamente jurídicas, existen otras, propias de la virtud de la liberalidad. De aquí que Santo Tomás con Aristóteles, hace precisamente un argumento más contra el comunismo real de Platón, porque en este caso no se podría practicar la virtud de la liberalidad. "Asimismo, dice, introduciendo la comunidad de las posesiones, suprime el acto de la liberalidad. Pues no puede manifestarse si alguien es liberal ni alguien puede ejercer el acto de liberalidad, desde que no tiene posesiones propias, en cuyo uso consiste la obra de liberalidad". (*Pol.* L. 2, l. 4).

*El Estado y lo superfluo*

Para tener una idea completa del problema de lo superfluo que por un destino natural corresponde a los indigentes, habría que entrar en el problema de la intervención del Estado como poder ordenador de la sociedad que ha de procurar una más armónica y justa distribución de los bienes, incluso de las propiedades. Baste indicar aquí que esta intervención corresponde; pero que ella no ha de ultrapasar los límites justos del poder estatal, que es poder de regulación y de jurisdicción y no de dominio. A título de ejemplo, se puede decir que una política gradual de parcelación de tierras como venían practicando el Instituto de Colonización de la Provincia de Buenos Aires, el Consejo Agrario Nacional y actualmente el Banco de la Nación, debe ser considerada, en líneas generales, como conveniente y laudable. Pero, en el presente, sólo queremos subrayar la necesidad de respetar, de manera efectiva, el derecho de propiedad. Porque si es cierto que son graves los momentos que vive el mundo, si muchas las injusticias cometidas en el pasado por los de abajo y muchas más y mayores, las cometidas por las clases adineradas que no supieron comprender las obligaciones que les imponían la fortuna y el rango social, también es cierto que todo ordenamiento social auténtico ha de fundarse sobre el respeto de los derechos de la justicia conmutativa, derechos inviolables de los pobres y derechos también inviolables de los afortunados.



PRESENCIA.

# EUROPA SE CONFIGURA

Ya es conocida por los lectores de PRESENCIA, la pluma ágil y aguda de Alfred Fabre-Luce. Ahora acaba de publicarse en Madrid, la versión castellana de su reciente libro "*Le Siècle prend figure*", donde el autor situado en la mitad del siglo, mira hacia atrás y hacia adelante intentando dar un cuadro de la actualidad europea desde lo más profundo de su crisis, e indicando solamente los temas que se nos ofrecen y las posibilidades que realizaremos o descuidaremos. "*Señalo* —así lo declara como colofón— *el campo en que se expansionará la imprevisible libertad de los creadores*".

Fabre-Luce, aprovechamos para recordarlo, nació en París en 1899 pudiéndose afirmar que es un hombre integramente perteneciente al siglo en que vivimos, máxime si se tiene en cuenta su obra, exclusivamente consagrada al momento histórico, y su estilo, cabalmente contemporáneo, que fluye periodísticamente, o es más bien el trasunto directo de una vida febril, hundida hasta las raíces en la más apasionante circunstancia por la que ha velado la cultura occidental.

Perseguido por alemanes y franceses, confirma con los hechos, la evidente sinceridad e independencia de su criterio amplio, justo e insobornable.

Comentar un libro *sin entrelíneas* como éste, obliga a transcribir su propia terminología plena de hallazgos —muy propensos a trasplantes transoceánicos— más que a glosar únicamente sus urgentes y densas páginas, que se presentan bajo la apariencia de una formalidad poco aprensiva. (Tal vez el apresurado traductor y trivial prologuista conspiren para darnos esa impresión).

Porque vemos, a modo de ejemplo en su primer capítulo, titulado "*La Gran Banca de 1950*", cómo reconstruye el tablado ideológico, sobre el cual se va a desarrollar el drama de Europa. Antes, pues, ha sido menester doblar una página donde se lee esta sentencia, que Fabre-Luce ha sabido interpretar a conciencia: "*¡Ah!, ¡si yo hubiera pensado a Europa como he pensado la Lorena!". Maurice Barrès.*

"*El burócrata que una revolución social pone en lugar del capitalista puede ser más parásito que él. Los salarios de los obreros pueden ser, no sólo en poder adquisitivo, sino incluso con relación a los ingresos de otras personas, más elevados en un país burgués que en uno comunista. Marx había anunciado que la situación del proletariado no dejaría de empeorar hasta el fin del capitalismo. Muy al contrario, la participación del trabajador en el reparto de la plusvalía se ha acrecentado hasta el punto de empezar a desanimar a la inversión y al ahorro (reducidos a la parte cóngrua) y a perjudicar así a la prosperidad de los mismos obreros. Sin duda ha habido crisis, pero los proletarios no han sido sus víctimas principales. A través del rodeo de la inflación, incluso les ha ocurrido que han despojado a la clase media de su beneficio. Por consiguiente la segunda ley de Marx no es más exacta que la primera. ("No hay sino una sola fuente de beneficio: la plusvalía extraída del trabajo de los obreros y repartida a continuación entre los diversos beneficiarios").*

Con esta técnica desnuda y unívoca Fabre-Luce desarma las tradicionales argumentaciones de tipo izquierdista, no dejando espacio para ninguna contemporización sagaz, que intentando hacer distingos entre teoría y acción, reputen como valederas estas razones, que llevan las cosas a situaciones como ésta:

"*Unios todos contra el malvado capitalista*" —dice el prestidigitador. *Pero mientras lo dice instala en su lugar a un supercapitalista mucho más terrible, porque carece de fisonomía humana y nadie puede enternecerlo: el Estado*".

Antes de dejar el tema, echa por tierra otro mito que los marxistas se han tomado más en serio que el propio Marx, y es la contraposición de su "*héroe*" al burgués.

"*En cierto sentido se equivoca* —responde—. *El obrero es un burgués en potencia, un obrero a la fuerza. En sus horas de descanso realiza su sueño. Los placeres del burgués le interesan. Pide que se los enseñen en el cine y desea revivirlos exactamente como el propio burgués. No es necesario rodar para él una de esas películas especiales, impresionando las historias de la mina, del rail, del taller. Los fracasos repetidos de las tentativas de un argumento proletario aportan a este respecto una prueba decisiva.* Los que con propósitos comerciales divierten al gran público, lo saben de sobra en cualquier parte del mundo).

*...el buen gusto se desarrolló en las sociedades estables y jerarquizadas; ahora bien, la creación de la Belleza es un fin al que, incluso, en este siglo en decadencia, el pueblo es capaz de reconocerle valor social: el más pobre habitante de París se siente propietario de los esplendores creados por nuestros Reyes, y de hecho se aprovecha de ellos*".

Si el obrero superado lograra cumplir todo el recorrido de la aventura que Marx propone, comenzaría a descubrir su propia individualidad y concluiría por reconocer que el drama del hombre yace en lo más profundo de su ser.

"*Pero esta hipótesis de una tregua social es imposible. Como muy bien dice Thierry Maulnier, el antagonismo entre el individuo y la sociedad subsistiría en todo caso... El mito de la disolución del Estado, no es más que "otro opio del pueblo"*... —agrega y termina—. "*El problema está en dosificar la tensión, no en suprimirla*".

Agotado el tema del comunismo ideológico, Fabre-Luce dedica unos breves párrafos, los más endebles del libro—, a Oswald Spengler como observador presencial de la tragedia europea y sin dejar de admirar su talento intelectual le hace ciertas críticas —vbgr. su pangermanismo— para invalidarlo como juez de esta época, en el plano de lo inmediato. Pero contra quien




su examen se hace incisivo, es contra el Dr. Toynbee, *un hombre que ha intentado meter seis mil años dentro de una botella.*

"*Naturalmente, no ha conocido las civilizaciones de que nos habla. Incluso no ha tenido tiempo de estudiar sus palimpsestos; la vida de un hombre no le hubiera bastado... De todos modos ha logrado poner en fichas veintiuna "unidades comparables" (Spengler, simple aprendiz de malabarista, no puso más que ocho)... En suma —ya lo sospechábamos— las civilizaciones son mortales. El Dr. Toynbee es un cardiólogo. Les toma el pulso y cuenta su frecuencia. Hay siete latidos. Derrota, revancha, derrota, revancha, derrota, revancha, derrota... Se acabó*".

Yendo más directamente al lenguaje político de occidente, invoca con vívido realismo, la prioridad de la alta política internacional sobre las pequeñas soluciones nacionales, abonando antes tal distingo, con conceptos como los que siguen:

"*En esta gran ruleta de 1950 —o 1960— vamos, a lo que parece, a jugarnos nuestra civilización. ¿Qué elección hará la bolita de marfil? ¿En qué casilla, en qué teoría económica, en qué moral se va a detener? El banquero que lo decidirá, por un movimiento cuyas consecuencias es el primero en ignorar, es el que dirige el juego diplomático. Reconociendo este primado de la política exterior podemos ya abordar la verdadera historia de nuestra época*".

Y así entra Fabre-Luce al tema específico donde mejor aún muestra su arte lógico, acelerado y tajante, que aunque en constante riesgo de equivocar, consigue una y otra vez poner las cosas en su justo medio, para que quien se sienta capaz de estructurarlas sistemáticamente en alguna nueva teoría histórica aquí encuentre material de buena calidad.

Su segundo capítulo se titula "*Dos guerras han coexistido*" y en el mismo trata de demostrar su tesis de que la pasada contienda no ha sido sino una doble lucha contra Alemania y contra Rusia, pues en rigor no han variado las condiciones de desequilibrio, sólo que ha desaparecido aparentemente un contrincante.

Como maestro de ajedrez que fuera capaz de repetir una a una todas las jugadas de una partida —partida que no ha terminado sino que ha sido suspendida momentáneamente en una situación tensa— Fabre-Luce mueve otra vez las piezas que comenzaron a avanzar en 1939, y nos explica con amena agilidad, cuáles fueron los motivos —los aparentes y los reales— que cada jugador tuvo presente al trasladar sus fichas.

Así resurge Hitler ante el buen José modelo 1942 y el arcángel Delano, y el práctico Churchill combinándose de la manera más compleja sobre el animado tablero que ha sido Europa durante estos diez últimos años. De este capítulo, no menos sabroso que el anterior, algo de lo tanto que merece cita, por su exactitud y fino alarde de psicología, es el retrato con movimiento de Roosevelt; un rápido film documental de su vida.

Tras de perfilar la figura del presidente norteamericano en ocasión de rever la estratagema de Pearl-Harbour, y demostrar de qué forma los Estados Unidos quisieron sacar ventaja de la guerra, esto es, debilitando a Europa —especialmente al Imperio Inglés— en lugar de prever el peligro ruso, señala este cargo como el más grave contra este irreductible optimista: el de poner en trance de muerte al occidente católico para más tarde tener que proporcionarle limosnas que, remedio tardío e ineficaz, sólo sirven para restañar heridas demasiado profundas.

"*Ante estas realidades desagradables, Roosevelt practicaba la política del avestruz. Reconstruyendo el período en que Molotov empezaba a violar sus compromisos balcánicos, Mr. Byrnes escribe: "El presidente me dijo que el porvenir le llenaba de graves presentimientos. Decidió de todos modos que nuestra protesta había de ser presentada por nuestro embajador, y que no recurriría a una comunicación directa con Stalin hasta que todas las otras tentativas hubiesen fracasado". Del mismo modo, cuando presionado para hacer participar a su país en la Organización Internacional del Trabajo, Stalin se esquiva, Roosevelt le dijo a su ministro Frances Perkins: "No quiero tener el aspecto de molestarle, quiero a este hombre y quiero continuar en buenos términos con él"... Roosevelt permitirá a Stalin que deporte doce millones de hombres para "no molestarle"*.

Por otra parte, haciendo derroche de información, Fabre-Luce evoca ciertas palabras del General Deane: "*Eisenhower hubiera podido liberar Praga mucho antes que los rusos. Es interesante, añade, el preguntarse lo que hemos perdido no aprovechando la ocasión de adquirir el agradecimiento perdurable del pueblo checoeslovaco". En febrero de 1948, el general podrá haber establecido ya este balance. ¿Cómo explicar esta humildad del más fuerte? En primer lugar, por su ardiente deseo de terminar la guerra y desmovilizar cuanto antes. Esta semipereza americana es un maravilloso sebo para Stalin, y lo ha sabido jugar a fondo*".

La intención de Fabre-Luce va más allá de denunciar la hipocresía pareja de los "grandes estadistas", porque no le mueve un nihilismo a hacer tan consistentes cargos, sino que aceptados éstos, se entienda finalmente y de una vez para siempre, que no se puede conseguir ni siquiera una paz con minúscula, en tanto no se tome conciencia del problema de Europa en sí mismo, como base para un equilibrio integral —de lo militar hasta lo espiritual—. En este sentido reconoce el autor sin ambages que, al fin y al cabo, fué Hitler quien mejor pareció entrever este factor primordial, aunque diversas razones o sinrazones, propias y ajenas, le hayan hecho derivar su política "*europeista*". "*Un cierto respeto por las grandes naciones del oeste subsistía en su espíritu*", reconoce Fabre-Luce y agrega al terminar el capítulo:

"*El ejército alemán podía protegernos del ejército rojo. No se vé contra qué peligro nos protege el ejército rojo*".

En el capítulo III, cuya tesis es: "*Europa se ha suicidado*", el conciente escritor y ex-diplomático francés compara ciertas garantías formales de pre-guerra, con la inseguridad actual, y dice:

"(El capitalismo). *Es a la vez un progreso social y un anuncio de decadencia económica. Expuesto a esta cristalización, amenazado por otra parte de gigantismo, el régimen capitalista se habría encontrado al cabo de un largo período de paz, en la situación normal de todo ser vivo: en lucha contra diversas posiiblidades de enfermedad. Pero sus reservas de vitalidad eran bastante grandes para permitirle reacciones eficaces. Sin Marx y sin dos guerras mundiales, estaría hoy, según todas las probabilidades, ligeramente reblandecido por las influencias reformistas, y tendería a cierta renovación, pero en modo alguno a la ruina o al comunismo*"...

..."*Bajo el nombre de democracia se ha empezado por perpetuar algunos de los peores aspectos del fascismo (el monopolio de la prensa, la servidumbre de la justicia...) sin darnos en compensación las ventajas que lleva normalmente consigo una dictadura: la estabilidad gubernamental, la disciplina social, la continuidad de la producción*"...

..."*Sin duda la historia está llena de revoluciones acusadoras, que declaran arbitrarias a los regímenes que echan abajo. Están llenas de depreciaciones monetarias. Pero hay algo que es nuevo:* EL RITMO. *Un cierto grado de inseguridad política y financiera puede ser soportado, la amenaza constante de la quiebra o de la subversión es intolerable. Cuantos más dioses se queman, más habrá que adorar algún día:* EUROPA, UNA CONSTITUCIÓN, EL PATRÓN ORO".

Nunca se han cometido las atrocidades que se suceden lo más na-



turalmente, desde los campos de concentración hasta la bomba atómica, desde el espionaje y la delación más baja, hasta una persistente propaganda que corrompe los espíritus más jóvenes y les priva de autenticidad. Claro que como dice el autor comentado, la época anterior era una de las más rosadas (se refiere al siglo XIX) sin embargo, lo que sorprende e indigna a la vez, es que "jamás se ha invocado más frecuentemente la moral".

Por este motivo, ha querido encuadrar dentro de un cuarto capítulo, bajo el título "*La era del maquiavelismo*", ciertas alternativas concretamente ubicadas dentro del ámbito político francés, pero que de ninguna manera son privativas de él.

"*Francia e Italia* (de posguerra) —dice— *se han dado regímenes mixtos, en los que el patrono se cree liberado de sus deberes sociales por los controles y novatadas que sufre, y en los que el obrero después de haber obtenido la nacionalización de las empresas en que trabaja, continúa recurriendo a la huelga, como si de este modo no se pelease consigo mismo. En estas economías en descomposición diversos leones* (viejos y nuevos) —la palabra león está empleada en su más rigurosa acepción maquiavélica, "hay que ser zorro o ser león")— *hacen su botín sin abandonar ningún relieve al anónimo consumidor. Pero oficialmente ya no hay leones* —viejos políticos con discutible pero real talento— *y los retóricos obtienen plena satisfacción*"...

"*El degollismo es una de las formas del neomaquiavelismo contemporáneo*", es un juicio rotundo que Fabre-Luce abona con abundantes pruebas, las que concluyen demostrando que: "*es muy bonito hacerse subastar entre dos compradores, pero si uno de ellos falta, el precio baja a cero*".

Por fin en el último capítulo "*¿Qué cabe hacer?*" se examinan las posibilidades que tiene Europa de subsistir, dejando de lado todas las historias que han jalonado el libro con verdades —las que podrían haberle aconsejado algún oscuro rencor— y tomando de ellas tan solo su eficacia empírica.

"*Al menos de esta trágica experiencia subsisten verdades negativas: Hitler, héroe monstruoso, no ha creado nada pero ha destruido falsas creaciones y ha levantado problemas que hoy siguen planteados*".

..."*Muchos hombres de nuestro tiempo están dispuestos a morir por la defensa de una Iglesia de la que estrictamente no forman parte. Este hecho revolucionario, que la Iglesia no puede ignorar, reclama por su parte una reacción de acogida: una eflorescencia de liberalismo intelectual frente a todo lo que no es el Anticristo materialista*".

..."*Hay algo que es seguro* — son los últimos párrafos de "El siglo se configura"— *y es que Occidente para levantarse debería darse plena cuenta de su decadencia. El Imperio tradicional (a la habsburguesa) era preferible a los imperios raciales o ideológicos con* que se le ha sustituído; la paz de *compromiso a las capitulaciones incondicionales; las antiguas negociaciones de las cancillerías a la diplomacia de aficionados —pour la galerie—. Todos lo sabemos pero nos repugna confesarlo. Hay que hacer pedazos este orgullo*".

Conceptos tan definitivos como los transcriptos dan la tónica de una verdadera nueva conciencia europea cuya base estriba en especial en el equilibrio franco germano, en la consolidación eminentemente continental —sin islas ni penínsulas— de Europa, más allá de las formas electivas de gobierno, y de los resentimientos chauvinistas, precediendo un Plan Marshall, en lugar de ir detrás de él; y finalmente volviendo a su punto medio el mentado "problema social" que en gran parte no es sino un problema económico y un profundo problema religioso.

PATRICIO H. RANDLE.

*Madrid, mayo de 1950.*




# LA DESARMADA

"La Argentina" —me decía un suizo ha poco— "no es un país serio, porque unas veces hace las cosas improvisadamente, y otras por puro capricho".

Repliqué vivamente: ¿Qué podía entender de la Argentina el ciudadano de una pequeña república (que cabía toda entera entre aquí y Pergamino) de hoteleros y relojeros alimentados con productos Nestlé; mero remanso neutralizado entre las grandes naciones de Europa; conjunto de pistas internacionales de "*bobsleighs*" sin porvenir y sin área de influencia? ¿Acaso no habíamos demostrado harta seriedad peleando catorce años por la independencia y estableciendo un régimen democrático y liberal a la par de los más adelantados? Y luego, sin dormirnos sobre los laureles, habíamos recorrido en pocos meses la distancia que va entre el individualismo y el socialismo conciliando, ante el pasmo de los pacatos, a la Iglesia con Carlos Marx y adelantándonos a un porvenir que la Suiza ni había entrevisto ni podría jamás alcanzar.

Mi amigo helvético no es precisamente un rayo, y necesitó calentar un rato el aceite antes de contestarme. Pasó de primera a segunda y al cuarto de hora, cuando estaba en tercera, me dijo:

"Llamo un país serio al que medita antes de resolver y luego ejecuta sin equivocarse. El éxito —salvo que Dios disponga otra cosa— acompaña a las empresas bien pensadas, pues se han calculado previamente lo obstáculos. No dudo que la independencia fué una cosa seria, pero debió alcanzarse manteniendo la antigua unidad de Hispano-América, para no perder la fuerza. Piense Vd. que cuando Inglaterra ocupó las Malvinas en 1766 las devolvió humildemente y sin chistar ante el reclamo, apoyado por la escuadra, de Carlos III; pero no ocurrió exactamente lo mismo en 1833".

"Tampoco olvide que ese sistema político del que Vd. se vanagloria (y del que también se jactan otros estados sudamericanos como ser Cuba, Uruguay y Panamá) se lo deben a mi compatriota Rousseau, que fué el que les metió la chinche en la cabeza de los antepasados de Vd. Uno de los premios de la seriedad es la originalidad. Supóngase que en vez de suizidarse (esto es, imitar a Suiza) implantando la democracia, hubiesen conservado Vds. las viejas instituciones: Cabildos, Intendencias, Monarquía, el "juicio de residencia", etc., bajo las cuales habían vivido dos siglos con paz interna, prosperidad y continuo aumento de "nobleza" (como llamaban antes al progreso y la cultura), todo perfectamente compatible con el gobierno propio. ¡Qué remanso serían para el mundo actual; qué ejemplo el de Vds. para todas las fuerzas anticomunistas si hubiese cristalizado en Hispano-América la política de la Santa Alianza! Vendrían los sabios a estudiarlos y proponerlos como modelos; y las potencias buscarían la alianza de esta formidable nación que tendría sobre dos océanos una gran escuadra y un ejército con los mejores soldados: gauchos y llaneros; collas infatigables y guaraníes irrendibles; rotos combativos y bravos yaquis, al mando de una oficialidad como la porteñada que condujo San Martín".

"Pues en este mudable mundo el que se queda espiritualmente atrasado, gana siempre. Estados Unidos persiste en las ideas de los "*whigs*" ingleses del siglo XVIII, y Rusia se mantiene en su inveterada costumbre del "*mir*" *comunista* y del zar omnipotente, al que sólo han cambiado el nombre. En cambio, Francia se puso a la cabeza de la Revolución y no cedió el puesto a nadie desde 1789 y ¡así está ella! Méjico es social-obrerista desde 1911. ¡Pues que diría Humboldt si volviese a verlo! Si España no hubiese con-



servado el ánimo medioeval en pleno Renacimiento, no habría descubierto ni conquistado la América, y Vd. sería un raído hidalgüelo logroñés en vez de un empleado argentino con jubilación en perspectiva, crédito en Casa Muñoz y aumentos de sueldo con efecto retroactivo a cada rato. Y ahí está el caso suizo. Nos quedamos con el cantonalismo y el voto popular más o menos como lo practicábamos hace centenares de años y hoy por cada franco nuestro me dan tres pesos y pico y vivo como un pashá".

Me dió rabia tanto darse corte y le contesté:

"¿Y por qué entonces, si Suiza es tan linda, no se vuelve al hotel nativo junto al lago a componer sus Longines y ordeñar la vaca conterránea?".

Pero era difícil frenarlo una vez en la ruta. Prosiguió sin oirme:

"Me echa Vd. en cara el pacifismo que es nuestra industria nacional. Pero sepa que después de haberlo meditado lo hacemos porque nos conviene, y que antes hemos dado mil setecientos oficiales v generales a las guerras de todos los países, y tenemos hoy una organización militar única; como la tendrían Vds. de haber conservado, rejuveneciéndolas en lo indispensable, las milicias con que derrotaron a los ingleses en 1807. Porque sabemos conservar somos serios y porque somos serios nos respetan. Nuestras familias patricias, cuya jerarquía aún reconocemos, administran la Cruz Roja Internacional y todas las enfermeras del mundo andan con nuestra cruz suiza en el delantal. Note Vd. Cruz y no símbolos masónicos. Si la Argentina hubiese conservado aquella cordura que hasta Sarmiento y Alberdi admiraban "*quand même*" en el sistema virreinal, serían hoy el polo de atracción de toda "*South America*" y los pueblos buscarían incorporárseles buscando el orden, la seguridad, la mesura y además el bienestar. Pero con todas esas innovaciones que Vd. me enumera son como las veletas, excelentes para señalar de qué lado sopla el viento de la moda, pero el que creyese que indican algún camino se volverá loco dando vueltas".

El suizo, desatado, siguió con aliento de guía del Matterhorn:

"Que la Argentina es frívola lo demuestra lo que pasa con la Armada. Hacia 1910 no tenían Vds. flota mercante y es probable que entonces, cuando Britannia todavía "*rulet the waves*", hubiese impedido cualquier posible bloqueo para que la carne, el trigo y el maíz no dejase de llegar a Inglaterra. Sin embargo, con precaución que los militaristas suizos no criticamos, se compraron Vds. dos magníficos acorazados, pero olvidándose de complementarlos con los competentes cruceros, torpederos y submarinos. Y ahora que cuentan con unas setecientas mil toneladas "*gross*" de buques de carga, la Armada carece de naves de guerra y mil cuatrocientos marineros piden la baja para dedicarse a ser en la vida civil obreros huelguistas".

Al fin pude interrumpirlo haciéndole notar que lo evidentemente poco serio era que un suizo opinara de cuestiones navales.

Francisco Baños Castroviejo.

# LOS HOMBRES QUE NO TENIAN ESQUELETO

Mi padre era un hombre burlón y despreciativo, muy alto, fuerte, con el desnudo pecho abombado de lento y poderoso ritmo y los grandes puños sobre la mesa. Solía decirme cuando aún vivía el finado Emperador Senacurul XX: "Los hombres, hijo mío, nacieron de una asociación muy extraña y curiosa; como no debes ignorar, somos hijos de los astros y cada uno de ellos aportó en nuestra formación algo de su propia sustancia; el sol hizo el sexo del hombre y el humus cálido y fecundo el de la mujer; la tierra además, dió a la mujer y al hombre el esqueleto".

Mientras decía esto, mi padre sonreía, mostrando la doble hilera luminosa de sus dientes y el brillo irónico de sus ojos: —"Cada valle, cada llanura, cada montaña, quiso hacer el esqueleto de los hombres que le vivieran para mantener con ellos, en lo hondo de sus huesos, un contacto silencioso, un compromiso sustancial profunda y calladamente compartido".

Murió Senacurul XX y mi padre, uno de sus favoritos, no tardó en abandonar la corte, pues el sucesor del viejo monarca, Andresbabel III impuso en el Imperio un ritmo de vida que, según mi padre, no hallaba eco simpático en sus huesos; y abandonando la corte, se fué dejando morir en el viejo solar de nuestra familia, donde su esqueleto recobró muy pronto su contacto con la sustancia original.

Yo continué hasta terminar mis estudios diplomáticos en la Escuela Imperial y luego me agregué a la Embajada destinada a mantener nuestros intereses en Entregópolis.

Antes de partir, los componentes de la misión fuimos llamados a la presencia de Andresbabel III, quien nos explicó cuáles eran los objetivos de su Imperio y los medios más apropiados para lograrlos, y por primera vez en mi vida oí hablar de esa subraza de hombres que no tenían esqueleto.

Cuando murió el Emperador Senacurul XX —dijo Andresbabel con voz pausada y abstraída, mientras sus ojitos brillaban con malicia roedora— los hombres que no tenían esqueleto se hicieron transportar en carretillas, desde los más lejanos rincones de la tierra hasta los asientos más próximos a nuestras embajadas, para hacernos llegar un esponjoso saludo en el que venía incluída la esperanza de que atendiera sus súplicas y los sacara del silencioso desprecio en que yacían. No sé qué diabólica inspiración me hizo pensar en el partido que se podía sacar de aquellos seres fofos y gelatinosos.

Organicé mis embajadas de modo que trataran de utilizar sus servicios y accedieran a los deseos de sus invertebradas ambiciones.

Un derroche inmenso de energía nos costó dar a sus figuras un aspecto humano; enormes cuellos de celuloide debían enderezar sus cogotes que tendían a torcerse peligrosamente, bandas, condecoraciones, espadas, pecheras, botas, fajas ortopédicas, mantenían más o menos sostenidos sus talles, aunque jamás se dejaba de tomar la precaución de hacerlos conducir por soldados especialmente instruídos.

Confieso que no dejaban de tener un hechizo misterioso esas figuras linfáticas, artificialmente sostenidas por las ropas, que miraban entre los párpados caídos con expresión apagada y enigmática.

Ocuparon con mi ayuda los más altos cargos de nuestras colonias ahorrándome así los inconvenientes de tratar con hombres huesudos, cuyas voluntades se oponían a nuestro planes, dificultando la marcha de nuestra laboriosa digestión imperial.

Los hombres sin esqueleto carecían de compromisos telúricos, su fuerza radicaba en la absoluta pasividad y la acolchada resistencia que oponían a los golpes. Se les daba un puñetazo en el rostro y la masa gelatinosa de sus carnes se hundía con un blando suspiro esponjoso, para recuperar nuevamente su forma primitiva, sin que quedaran huellas.

El único castigo que parecía alterarlos era cortarles la faja y el cuello duro en algún acto público, que por razones de cargo debían presenciar; entonces parecían fundirse como un helado al sol y se desmoronaban sobre los zapatos, cremosos, sudando una viscosa congoja que destruía cualquier sentimiento de simpatía.

Como les será fácil advertir, casi nunca apelamos a este procedimiento que podía redundar en nuestro perjuicio. La sola amenaza nos libra de cualquier deseo que se les pueda ocurrir de jugarnos alguna mala pasada.

Como generalmente esta gente despertaba oposiciones entre los hombres osificados, tuvimos que organizar las colonias de tal modo, que las instituciones principales estuvieran a cargo de ellos. Fué necesario todo un proceso de descalcificación para que naciera el número suficiente de hombres sin esqueleto. Esto lo conseguimos reduciendo al mínimo el contacto con la tierra, y procurando el crecimiento excesivo de las ciudades en perjuicio de la población rural.

En los colegios y universidades se enseñaba a respetar por encima de todo las insignias, a falsear la verdad de los hechos históricos haciendo caer el acento de importancia sobre las figuras menos osificadas o decididamente sin ningún hueso.

Entre ellos no se despertaban grandes pasiones, aunque para hacer más divertido el gobierno y mantener en el pueblo un pálido recuerdo de la dignidad, de vez en cuando se acusaban mutuamente de desfalcos y estafas, que luego de hacerlos públicos en la forma cortésmente divertida que los caracterizaba, se daban un banquete de desagravio juntando blandamente sus gelatinas en un abrazo gliceroamistoso.

No eran inteligentes ni medianamente cultos, pero poseían en alto grado el sentido de la imitación, y como sus cuerpos fáciles de manejar podían adoptar cualquier postura, no resultaba tarea imposible con un cilindro y una banda presidencial o uniformados de generales, que aparentaran con éxito una auténtica seguridad interior. A veces, mirándolos de lejos y con el engañoso entusiasmo de las muchedumbres, parecían realmente hombres.

Andresbabel III entrecerró un instante sus ojillos de ratón y con un pálido ardor en las mejillas continuó diciendo— "lo que me costó más trabajo fué hacer un dirigente verdaderamente popular de un hombre sin esqueleto; pero las circunstancias y la habilidad de mis embajadores dieron brillante remate a mi idea y pronto fui poseedor de un líder con sincera, huesuda representación en el pueblo y que sin embargo, no tenía un solo hueso auténtico. Resultó una alta y casi airosa mole de pellejo inflado, sostenido por un complicadísimo armazón de madera, pues durante mucho tiempo tuvimos que prescindir de indumentarias imponentes en que se pudiera camuflar un perchero.

Indudablemente, los hombres sin esqueleto fueron perdiendo paulatinamente el prestigio de su misterio y se hizo necesario apuntalarlos con picas y alabardas, pues peligraban desmoronarse. Me vi forzado a militarizar las misiones e incluso prodigar piquetes de soldados para que los condujeran a las cámaras donde el entrechocar de sus dientes postizos, producía un sonido lúgubre, de mal agüero.

Nuestros soldados cuidaban la puerta mientras los hombres sin esqueleto, como descoloridos hígados de cerdo, respiraban amorfamente en las penumbras de las legislaturas.

Calló Andresbabel III y una miserable sonrisa de gustoso martirio se escurrió en sus labios. Esta es la gente con que debéis trabajar, agregó; luego, como disculpándose, dijo en voz baja, tan baja que apenas la oímos "Pensad que lo hacéis por la grandeza y la gloria del Imperio".

R. Calderón Bouchet

PRESENCIA

*Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.*

Dirección y Administración:

Venezuela 649 T. E. 30 - Catedral - 2845

*Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz. San Juan 3875. Bs. Aires.*

# LA SOVIETIZACION DEL LEJANO ORIENTE

*Contra el Comunismo hay que proceder con toda energía. Tres artículos del P. jesuita Prudencio Damboriena, publicados en Razón y Fe de Madrid (enero, febrero y marzo 1950) con el título* Las responsabilidades del desastre en China, *demuestran la responsabilidad que le cabe a Estados Unidos en la expansión comunista en Lejano Oriente. Extractamos de dicho artículo lo siguiente:*

Al mismo tiempo que los ejércitos decidían en los frentes de guerra la batalla de las armas, los Gobiernos yanquis hubieron de resolver el espinoso problema de la unidad china rasgado por dos ideologías irreconciliables: la nacional, simbolizada por Chiang Kai Shek, y la comunista por Mao Tse Tung. Diríase que a Roosevelt, el primero que la abordó, y el que prácticamente fijó la pauta que seguir, le faltaron los elementos básicos para una acertada solución. Su raciocinio —de simplicidad infantil, aunque trágica— parecía fundarse en los siguientes postulados:

1) El régimen de Stalin no abriga pretensiones imperialistas; por consiguiente, es absurdo suponer que atente contra un país libre como China.

2) Los rojos chinos no son del tipo soviético, sino reformadores agrarios siempre útiles en las naciones de régimen medieval.

3) Por tanto, lo que incumbe es purificar el corrompido régimen de Chiang Kai Shek y obligarle a unirse con los rojos para formar un bloque democrático que ocupe en el Lejano Oriente el vacío dejado por Japón.

¿Cómo pudo el gran estadista formarse aquella mentalidad? Ante todo, por sus desastrosos servicios de prensa. Cuando el público norteamericano empezó a seguir con interés las fases de la guerra de China, el campo de informaciones había sido acaparado por periodistas de izquierda. De éstos, unos por convicciones personales (eran del tipo de "fellow-travellers" o abiertamente comunistas, como los corresponsales del *Daily Worker*), otros por su desilusión al hallarse con una China menos poética de la que esperaban y otros, en fin, por hacer la corte a Rusia, la "galante aliada", se dieron a denigrar al Gobierno nacional, mientras ensalzaban hasta lo absurdo "las hazañas" de sus admirados rojos. En sus reportajes, China se comparaba a Yugoeslavia, Chiang al Rey Pedro o a Mikhailovich y los dirigentes rojos a Tito, en su gloria, es decir, sujeto todavía al carro del Kremlin. En contraste con los métodos *fascistas* del Generalísimo, hacían resaltar la camaradería, el ardor patriótico y las intenciones pacifistas de Mao.

No eran mucho más sanas las corrientes que dominaban en una buena parte del personal diplomático o de los enviados especiales que la Casa Blanca fué comisionando para la Celeste República en aquellos críticos años de su historia. No hace mucho todavía, un Subcomité del Senado Americano, presidido por Pat Mac Carran, pidió se abriera una investigación sobre la ficha de ciertos personajes responsables de la política yanqui en el Extremo Oriente. Por desgracia, los hombres son demasiado familiares a los que han seguido las vicisitudes del Departamento de Estado en aquellos países.

Según Freda Utley, el embajador Clarence Gauss (1940-1944) se mostró siempre partidario de los rojos. Otros, en cambio, le definen como a un diplomático "empedernidamente realista" en materia de política china. La impresión que el *Libro Blanco* deja de sus actuaciones no es ciertamente muy favorable. El Generalísimo le repitió en sus conversaciones que "los rojos chinos están subordinados a una potencia exterior (Rusia)", que "el pedir un arreglo con ellos equivalía a entregarse en manos de Moscú" y que, en fin, Wáshington no entendía el carácter ni las consecuencias del partido comunista chino. Las respuestas del embajador yanqui, avaloradas más tarde por el mismo Cordell Hull, fueron típicas: a América no le interesaba el comunismo chino, sino la formación de un frente único contra el Japón; los comunistas chinos no practicaban ni predicaban el marxismo, sino que se preocupaban solamente, lo mismo que el Koumintang, del bienestar de las masas; en consecuencia, Chiang debía esforzarse por fraternizar con ellos y admitir en su Gobierno "a los representantes competentes de todos los partidos". ¿Cómo se podían dar estas directivas cuando por entonces un grupo de peritos norteamericanos, asignados al mando militar, y tras un detenido estudio sobre el terreno, concluía que "las intenciones de Rusia sobre el Extremo Oriente, y en concreto sobre China, eran agresivas"; que "el Koumintang se estaba desmoronando", y que "el partido comunista chino tenía un fondo de servilismo hacia Rusia"?

Aun el héroe de Birmania, general Stilwell, había caído en el mito de los rojos chinos. "Me consideraría honrado de luchar bajo el mando de Chu Teh", fué el elogio dirigido al comandante en jefe de las tropas comunistas. Sus tendencias izquierdistas, su mordaz crítica contra el Gobierno de Chungking y su profunda antipatía personal contra el Generalísimo no le hacían el candidato más apto para el delicado cargo de general en jefe de todas las tropas aliadas en China para el que le designó Roosevelt, imponiendo prácticamente a Chiang su aceptación. Los efectos del nombramiento fueron fatales... Estos ejemplos bastan para concluir, con una revista católica norteamericana, que "la política de los Estados Unidos respecto de China estuvo dominada durante los años de guerra por simpatizantes del comunismo"... Pero pasemos adelante. De la importante embajada del general Marshall hemos hablado en otro lugar. Al ser destinado a su nuevo cargo llevaba instrucciones concretas de Truman sobre la necesidad de "una inmediata unificación de China (coalición de comunistas y gubernamentales) por medios pacíficos y democráticos". Debía hacer ver además a Chiang y a sus partidarios que "una China destrozada y desunida por la guerra civil no recibiría jamás ayuda (militar, técnica y económica) de los Estados Unidos". Por su parte, el secretario de Estado, Byrnes, dejaba completamente en sus manos la aplicación de las sanciones (aplazamiento del transporte de tropas nacionalistas a Manchuria, suspensión del entrenamiento de fuerzas aéreas o congelación del empréstito de 500 millones de dólares a Nankin) caso de que no accediese a sus demandas. Marshall se dió con un ahinco digno de mejor causa a la ejecución del mandato presidencial. Con el trato de perfecta paridad dado a los rojos y las frecuentes conferencias con sus jefes, los comunistas chinos alcanzaron por primera vez en su historia un *status* legal y supieron arrancarle no pocas concesiones. Los resultados, nulos para la política nacional, aunque muy favorables a los planes expansionistas rojos, son ya del dominio común.

"A la verdad —escribe W. C. Bullit—, la misión de Marshall estaba desde el principio condenada al fracaso. Y nuestro último dictamen sobre su actuación ha de ser que nunca se encomendó a un distinguido soldado misión política tan desastrosa como la suya".

Marshall, elevado al cargo de Secretario de Estado, se mostró reacio a todo lo que significaba apoyo a Chiang Kai Shek... Los intentos de nuevos préstamos o socorros militares encontraron casi siempre bloqueado el paso por el Senado o en esferas superiores. "Los jefes militares, —escribía el senador W. Judd—, casi sin excepción, están decididos a ayudar a China. Sin embargo, el general Marshall (a quien en otra parte llama *el responsable de toda la catástrofe*) se opone tenazmente a ello".

Así las cosas, Washington —para salir tal vez al paso de las críticas contra su política oriental— comisionó al general A. Wedemeyer para un viaje de inspección en China. La reacción de Nankin fué excelente. El general era un "viejo amigo de China" y había contribuído positivamente a suavizar sus relaciones con los Estados Unidos. Por el contrario, rojos y liberales, conocedores de su antimarxismo, desencadenaron una campaña feroz contra él. Un mes de estudio, de conversaciones con grupos muy heterogéneos y políticamente opuestos, y su conocimiento previo del país, le permitieron trazar un cuadro bastante objetivo de la situación... Las conclusiones de Wedemeyer relativas a nuestro problema eran las siguientes: 1) La verdadera guerra mundial no ha terminado con la derrota del nazismo o del imperialismo japonés; aquélla queda en gran parte continuada por la política expansionista rusa en el Extremo Oriente. 2) Los Estados Unidos han contribuído indirectamente a estos avances soviéticos en el Oriente, primero por sus claudicaciones en Yalta y más tarde retirando a China la ayuda tantas veces prometi-

# NUESTRA JUSTA MEDIDA

*El Sr. Cámpora, presidente de nuestra Cámara de Diputados, agasajó al presidente del Parlamento de Israel, Sr. Joseph Spinzak, con un discurso que ha sido recibido con grandes aplausos. Las palabras fervorosas entonces pronunciadas y los abrazos que a ellos siguieron, dan la exacta medida de la situación de nuestro país. Reproducimos estos párrafos de* La Nación, *3.6.50.*

"La presencia del señor presidente del Parlamento de Israel llena de júbilo a este ámbito parlamentario, y esta sesión, honor máximo que sólo en casos de excepción discierne el cuerpo que me honro en presidir, es la tradición más valedera de lo que para los representantes auténticos del pueblo argentino significa la presencia del presidente digno del Parlamento de uno de los pueblos que, a pesar de ser de los más antiguos de la humanidad, es hoy el Estado más recientemente constituído.

"Nosotros, los argentinos de hoy, los que con afán y denuedo peronista, no sabemos de quedar impertérritos ante el sufrimiento de los humanos, y de los pueblos, bendecimos la feliz coincidencia de que la conquista del pueblo de Israel haya sido casi simultánea al advenimiento del magnífico argentino, su gran amigo, que es el Excmo. señor presidente de la Nación, general Juan Perón; y vemos con complacencia que haya sido a él a quien tocara acreditar ante nuestro gobierno a su primer y preclaro embajador.

"Los siglos conocen de los padecimientos israelitas, pero ellos siguiendo su curso implacable y justiciero, han logrado que el presente suprimiera la ansiada esperanza de la tierra prometida, para convertirla en la tierra vuestra, en el suelo del pueblo de Israel, que torna de este modo a poseer lo que desde el ocaso salomónico le fuera disputado: El propio suelo. Suelo que nosotros los argentinos supimos brindarles al amparo y cariño de nuestras instituciones, hoy definitivamente consolidadas por un argentino firme en su convencimiento de patria, de esta patria que se siente plena de solidaridad humana hermanándose con la vuestra".

da. 3) Esta al contrario de las naciones europeas, nunca ha tenido oportunidad para dedicar la debida atención a sus problemas internos, desorganizados por ocho años de guerra. Sin embargo, el partido y el Gobierno actual de Nankín son los mismos que desde 1927 se oponen valientemente a la sovietización de China, como durante la guerra se negaron a repetidas y ventajosas ofertas paz por parte del Japón, con gran ventaja para los ejércitos norteamericanos del Pacífico. 4) Rusia, por medio de sus satélites chinos y faltando a sus más solemnes promesas, se está adueñando de Manchuria y amenaza con apoderarse de toda la Celeste República. Sería, pues, en extremo conveniente que aquellas regiones quedaran encomendadas por la ONU a Inglaterra, Francia, Rusia, China y los Estados Unidos, hasta tanto se encontrara una solución viable. 5) La doctrina de la *no ayuda a China*, recomendada por ciertos sectores del Departamento de Estado, es absurda y equivaldría a arrancar la base al actual Gobierno Nacional. 6) De ahí la imperiosa necesidad de extender una pronta y eficaz ayuda económica y militar a China "con el fin de contribuir al pronto establecimiento de la paz mundial en consonancia con los principios enunciados por la ONU y para proteger los intereses estratégicos americanos, ahora amenazados por fuerzas militantes". 7) El único organismo, imperfecto e ineficiente en muchos casos, con el que los Estados Unidos pueden colaborar ("ya que los comunistas son intrumentos serviles de Rusia"), es el Gobierno actual... Dícese que en ciertos círculos *liberales* del Departamento de Estado las recomendaciones de Wedemeyer causaron la impresión de ser demasiado antisoviéticas. Según otros, ya antes esas mismas tendencias le habían hecho perder la candidatura a la embajada de su país en China, a la que le destinaban todos los partidarios del Gobierno de Nankín y un buen sector de la opinión conservadora en los Estados Unidos. El hecho es que, para suceder a Patrik Hurley, la Casa Blanca se fijó en un antiguo pastor protestante, durante muchos años en la Universidad China de Yen Ching, el Rvdo. Leighton Stuart, que continúa todavía en su puesto junto al exilado Gobierno de Chungking.

La personalidad del Dr. Stuart es demasiado compleja para que entremos aquí en su examen. *El Libro Blanco* dedica más de trescientas páginas a describirnos su actuación o a reproducir los informes enviados a Washington. Su lectura no es ciertamente de las que esponjan el alma. Stuart, que llevaba más de cuarenta años de residencia en China y conocía su lengua y su cultura como pocos extranjeros, no ignoraba las intenciones de los rojos chinos. Si alguna vez aminoraba su rojez era porque entre ellos contaba a no pocos alumnos suyos —Yen Ching figuraba como la universidad más progresista de la China— y de otros colegios y universidades protestantes.

El último ciclo de las relaciones chinoamericanas se cierra con la publicación del tantas veces citado *Libro Blanco* (agosto de 1949), destinado a demostrar con toda clase de documentos disponibles que "nada de lo que los Estados Unidos hicieron o dejaron de hacer pudo cambiar el resultado de los acontecimientos de China y que nada de lo hecho por ellos contribuyó a la tragedia final producto de las fuerzas internas del país". Estas afirmaciones del Secretario de Estado en su carta de presentación han parecido demasiado categóricas a muchos de sus conciudadanos. Arturo Kohlberg, especialista en cuestiones del Extremo Oriente, ha hecho una lista de treinta documentos, algunos de ellos muy importantes y reveladores de las tendencias rusófilas del Departamento de Estado, omitidos en el Libro. El senador W. Judd, ha protestado contra la omisión de un interesante informe de J. Service que "bastaría para ilustrar las campañas llevadas contra el Gobierno Chino por algunos de los diplomáticos de los Estados Unidos". A raíz de la publicación del Libro hubo en el senado una borrascosa sesión, con las filas republicanas estrechadas para el ataque, en la que no se ahorraron algunos duros epítetos. La prensa conservadora nos hace observar por medio del *New York Times* (6-VII-49) que el Libro "no es la obra de un oficial que investiga serena e imparcialmente los hechos, sino la de una parte interesadísima en la catástrofe, cuyo empeño especial es la propia justificación, enemiga del análisis objetivo". La crítica de los grandes semanarios (*Time, Life, Newsweet*) fué asimismo desfavorable. Este último encabezaba uno de sus artículos con el epígrafe: *El Libro Blanco o la historia de los fracasos americanos en China*. La prensa católica, partidaria desde los comienzos de una política netamente anticomunista, ha sido la más dura quizá en sus ataques.

Nuestro prolijo análisis va a terminar con una nota de pesimismo. La relación de los esfuerzos llevados a cabo —algunos con muy buena voluntad, y derrochando los millones arrancados a la generosidad de un gran pueblo— no deja de ser una historia triste. Pero lo es aún más el catastrófico resultado de una China arrastrada al fatídico carro de la U.R.S.S.

El ex comunista J. Dundez ha dicho que "la conquista de China significa un gran avance en la ruta, largo tiempo planeada, de Rusia en la sovietización del mundo, etapa que será seguida por los ataques al Japón, Corea, la Indonesia y las islas Filipinas".

Hace todavía pocas semanas el *New York Herald Tribune*, sirviéndose de un grupo de corresponsales, ha completado el estudio de la amenaza comunista en el Extremo Oriente. Sus conclusiones son unánimes: el peligro es real, en algunos puntos inminente; la tromba tiene como centro de difusión a China ganada ya para la causa de Moscú; hoy sólo hay una potencia capaz de detener, por medio de una política firme y eficaz, sus avances: los Estados Unidos. El mismo *Libro Blanco* anunciaba ya esa revisión de política norteamericana para el Extremo Oriente, empezando por China y designaba como artífices de la misma un equipo de especialistas encabezados por Philip C. Jessup, R. D. Fodstick y el Dr. Everett Case. No todos ellos inspiran confianza. En concreto, la crítica se ha concentrado en el embajador Jessup. ¿Serán capaces estos hombres de ofrecer al mundo, y en particular a los Estados Unidos, el programa anticomunista decidido en que confían? Los amigos de China vuelven más bien sus ojos a la Providencia —cuyas intervenciones en la cristianización del país jalonan maravillosamente su historia— para que intervenga de nuevo en favor de ese gran pueblo, digno de figurar honorablemente en el concierto de las naciones.

# INÉDITA TEOLOGIA SENATORIAL

*Eupolemo y Jasón, embajadores de Judas Macabeo en tiempos de Demetrio y Nicanor, no lograron en el Senado de Roma tan insigne privilegio como el acordado por los patres conscripti criollos al flamante presidente del parlamento israelita. Porque no sólo alcanzó este huésped el singular honor de sentarse en el recinto (y, por añadidura, en sillón amigo), sino que su visita dió motivo a la proclamación de toda una novísima teogonía en cuya virtud Dios se hará más humano y se establecerá un poder que ponga en vereda al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. A continuación reproducimos, de* La Nación, *2.6.50, las palabras que en esa ocasión pronunció el Excmo. Sr. Vicepresidente de la Nación, Dr. J. Hortensio Quijano.*

"Señor presidente del Parlamento de la República de Israel: El Senado argentino realiza en vuestro honor esta sesión especial. Estáis sentado, señor, en un sillón amigo. Venís de comarcas lejanas, de honda y milenaria historia, de leyendas que sublimó la belleza, mística excelsa que acunó la fe y la esperanza, donde el pensamiento, el lírico pensamiento oriental corporizó su eclosión en magníficos monumentos, desde el cantar a la Sulamita del rey Magnífico a los preceptos imperecederos de la Biblia.

"Vió la vieja Palestina desfilar miles de siglos que dejaron en vuestra tierra recuerdos de días de bonanza y de ventura, hasta que el dolor desgarró la entraña de vuestro pueblo y oprimió la expresión geográfica de la patria. Desde entonces, el eterno peregrinar por el mundo, sin más visión que la estrella simbólica, y la palabra alentadora de los profetas. Y aquí se produjo el prodigio: el pueblo se cohesionó mediante una formidable fuerza vital y ese pueblo fué pueblo sin expresión geográfica. Claro está que tuvo que conformar su mentalidad para la defensa propia, conformación a veces no comprendida.

"Ahora, señor, tenéis una patria con expresión geográfica y el mundo cree firmemente que desde hoy en más el Dios del Sinaí y el Dios del Calvario y el Dios del Corán se han de unir en un permanente abrazo con profundo sentido humano de amor, acaso obedeciendo al mandato del que está allá más arriba de las alturas invisibles.

"Llevad, señor presidente, a vuestra patria, a vuestro pueblo, el leal saludo de esta democracia argentina".

## SUMARIO



CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión N.° 4880
Tarifa Reducida
Concesión N.° 4045